

No basta, pues, hablar. Se debe hablar bien. Para ello, es indispensable usar el lenguaje de modo correcto, rico en expresiones y bellamente dicho. Es un poderoso puente para la mejor convivencia de la gente, y para crecer hacia el interior de cada uno.

En estos tiempos asistimos a un deterioro del uso del idioma. Simplificación de palabras, expresiones elaboradas sin cuidado, errores de ortografía y del fluir de la conversación, daño al cuidado estético de lo que decimos, pobreza de adjetivos, falta de recursos para dar vuelo al pensamiento, declinación de la formación idiomática, repeticiones fastidiosas de vocablos y giros idiomáticos, inversión de la valoración cualitativa de lo que se dice, entre otras agresiones a la bella lengua que hemos recibido a través de las generaciones.

Tal pareciera que hoy queda mal hablar bien. Hasta llega a hacerse gala del mal uso del idioma. Y lo que es peor: el uso antiestético y agresivo de los peores vocablos del diccionario, como si todo valiese lo mismo.

Estamos avasallados por una decadencia idiomática que nos conduce a una nueva Torre de Babel. No la de raíces bíblicas, donde la gente no se entendía por hablar diferentes lenguas. Esta novedosa Torre de Babel está aconteciendo entre gentes que usan el mismo idioma.

No hay calidad de vida sin respeto adecuado del idioma y de su utilización para lograr una sociedad de mejor convivencia.

Todos aprendimos el idioma antes de estudiarlo. No es lo mismo hablar, que saber hablar bien. La educación debe asegurar la formación del lenguaje para la correcta precisión de lo que se expresa, y para crear una atmósfera de calidad entre los interlocutores.

Los poderosos e influyentes medios modernos de comunicación y su utilización por quienes desde allí se expresan a la gente, sean profesionales o entrevistados, tienen la indelegable responsabilidad de ser cuidados y exigentes cuando se usa la palabra.

La Biblia asigna tal poder a la palabra que el propio Universo surgió de la Palabra. La Palabra es sinónimo de Creación. Pero puede llegar a ser instrumento

de destrucción. Ambas opciones las tiene quien la puede y la debe saber usar: el hombre.

Pero si la palabra es creadora, si su potencial encierra la misma realidad, está en las manos del hombre la elección decisiva de hacer de la palabra un artífice de la destrucción y el odio o, por lo contrario, esculpirla hasta transformarla en la poesía necesaria para hacer bella la vida, es decir, para vivir de acuerdo al imperativo del tú y del amor que exige compartir el diálogo más exquisito. Algo que los poetas han sabido desde tiempo inmemorial.

¿Para quiénes escriben los poetas?

Desde el momento en que la inspiración conduce al poeta a formular el verso hasta el momento que decide escribirlo, y lo escribe realmente, oye siempre la voz de un mensaje interior que desea compartir. Si no lo escribe, se lo llevará el viento intangible de la intimidad, y es muy probable que hasta lo olvide el propio autor.

Al darle la forma escrita, quiere dejar el testimonio de su vocación creativa y de su compromiso con la comunidad. La de su tiempo, y la de los tiempos que vendrán.

Ser poeta es entrar en el mundo del espíritu, y tener la legítima aspiración de compartir su creación con todos los habitantes del mundo espiritual. Sin esa perspectiva

de eventuales destinatarios, no escribiría poesía, aunque la sintiese en su intimidad.

Parece incompatible ser poeta y ser egoísta con la poesía que crea. Todo poeta auténtico, es generoso. Se puede identificarlo como el autor de un verso. Pero nunca es su propietario. Las perlas del alma pertenecen a todos, aunque sean muy pocos los que deseen disfrutar del mensaje. Una vez escrito y divulgado, el verso es para todos. Por lo menos, para aquellos que quieran disfrutarlo e integrarlo a su riqueza interior. Un verso puede cambiar una vida. No hay compensación mayor para el poeta. La dimensión de un poema no es cuantificable. Un alma iluminada, aunque sea tan sólo una, representa a toda la humanidad. Y es muy probable que ni siquiera el propio poeta llegue a saber que su mensaje ha llegado tan lejos.

◆ “El poeta no debe decepcionarse por la falta de respuesta. Sus semillas ya están volando. Unas germinarán casi de inmediato, otras lo harán después que el poeta ya no esté. Se habrá ido, pero sus simientes estarán vigentes aún en tiempos por venir. Para escribir poesía es preciso tener fe. Incluso la poesía desgarrada o la de protesta, se emiten para que lleguen a alguien. Aun en los momentos de mayor desesperación, se tiene fe que alguien habrá de comprender el testimonio del poeta doliente”.

Hay tiempos en los que predomina la ceguera espiritual de la gran mayoría. Están inmersos en las tinieblas, y son refractarios a la luz de la poesía. Su impermeabilidad espiritual no invalida ni diluye la fuerza de la poesía. No tiene el poder de lograrlo. El mensaje espiritual es eterno, y está siempre vigente para quienes abren las ventanas de su alma. Y así permitir que puedan entrar los rayos del verso. Las tinieblas no son eternas. Hay un compromiso inmediato con la gente de su tiempo. Pero el compromiso es permanente con otras gentes que vendrán, o con aquellas que salen de las tinieblas en el tiempo presente. La poesía tiene, entre otros, el cometido de luchar por el triunfo de la luz aun en épocas de tremenda oscuridad.

El poeta no debe decepcionarse por la falta de respuesta. Sus semillas ya están volando. Unas germinarán casi de inmediato, otras lo harán después que el poeta ya no esté. Se habrá ido, pero sus simientes estarán vigentes aún en tiempos por venir. Para escribir poesía es preciso tener fe. Incluso la poesía desgarrada o la de protesta, se emiten para que lleguen a alguien. Aun en los momentos de mayor desesperación, se tiene fe que alguien habrá de comprender el testimonio del poeta doliente.

En toda situación límite hay una chispa de fe que nunca nada ni nadie conseguirá extinguir. Esa es la misión trascendente del poeta. El poeta es un elegido, que decidió a su vez responder con sus versos al llamado que le viene vaya uno a saber de dónde....

Cuando nace la vocación poética, no se la puede postergar indefinidamente. El verso que se silencia es una flor que no se permite nacer, y que espera al poeta para habitar en el bello jardín de las flores perennes que el hombre de todos los tiempos ha creado para dotar de belleza y verdad a este trozo de universo que es el escenario insoslayable de todos nosotros.

Mientras haya poesía, el mundo no será un páramo.

